

festines, por sus gratificaciones y pensiones caprichosas, por el lujo de los trajes, casacas y otros «equipos militares» y por el capricho de esas revistas de tropas traídas desde muy lejos que tan caras cuestan y tanto se prestan al ridículo.

Mientras tanto, Colbert, apelando á diversos medios, seguía aumentando los ingresos. La Cámara de justicia suprimió una parte de las rentas; otra parte fué reembolsada. Colbert redujo la comisión concedida á los recaudadores de pechos de cinco sueldos por libra, es decir, del veinticinco por ciento, á nueve dineros, ó sea el tres setenta y cinco por ciento; adjudicó los arrendamientos de impuestos, y como prometía á los arrendatarios ayudarlos en el cobro de los derechos y les aliviaba de la mayor parte de las pensiones y gratificaciones que antes estaban obligados á repartir, los arriendos alcanzaron más altos precios. Al mismo tiempo impedía las dilapidaciones de esos asentistas y contenía «á los hombres de negocios en la debida modestia,» y continuaba «aprovechando todas las ocasiones... de aliviar á los pueblos,» de «enriquecerlos con la disminución de los impuestos,» lo que no impidió que la cuenta de ingresos de 1671, comparada con la que Fouquet formuló para 1661, diera un aumento de ingreso líquido de 14 millones ochocientos setenta y dos mil seiscientos treinta y cinco en los pechos, de 23 millones novecientos treinta y cinco mil seiscientos ochenta y nueve en los impuestos arrendados y de tres millones trescientos treinta mil en los bienes del patrimonio. El total de ingresos líquidos había subido, en diez años, de 31 millones ochocientos cuarenta y cinco mil treinta y ocho á 75 millones cuatrocientas treinta y tres mil cuatrocientas noventa y siete libras.

Pero más que los ingresos subieron los gastos, que ya en 1670 excedían á aquéllos en tres millones.

«Puedo asegurar á Vuestra Majestad, escribe Colbert, que dedico toda mi industria á aumentar los ingresos; pero en cuanto á los gastos, confieso, Señor, que nada puedo decir. Sin embargo, estoy convencido de que si Vuestra Majestad entraba en el examen de cada uno de ellos, encontraría quizás la posibilidad de hacer algunas supresiones que los aproximarían algo más á los ingresos.»

Y se preocupa tanto más cuanto que no puede pedir á los pueblos más de lo que pagan.

«Durante estos nueve años, como la abundancia era grande... todos los gastos útiles y ventajosos para el Estado se han hecho con grandeza y magnificencia. En el curso del presente año, encuentro esa abundancia, que en todas partes aparecía, cambiada por dos poderosas razones, sensibles ambas, pero fácil de conocer la una y difícil de penetrar la otra; la primera es el aumento de los gastos...; la segunda, la dificultad general en que se ven los asentistas y los recaudadores generales para sacar dinero de las provincias... y la protesta que todos los días formulan de que la prodigiosa necesidad que hallan en sus provincias les hace temer su ruina y de que no podrán sostener los pagos de sus arriendos é ingresos generales... Las consecuencias que fácilmente pueden deducirse de tal estado de cosas son que los pueblos seguramente sucumbirán y que será menester disminuir considerablemente los impuestos; y como el exceso de los gastos obliga á consumir por an-

tipicado el siguiente año para los gastos corrientes, se volverá á caer infaliblemente en todos los desórdenes y en todas las necesidades de los tiempos pasados.»

Sería menester, pues, reducir los gastos; y Colbert propone reducciones en la marina, en las construcciones, en la guerra, en las fortificaciones...

«No sé, Señor, si me equivoco, pero me parece que todas estas cosas son de fácil ejecución. Vuestra Majestad juzgará mejor que yo sobre ello, pero puedo asegurarle y aun me atrevería á responderle de que, en caso de que quiera Vuestra Majestad fijarse bien, sin exceder, por causa alguna, de los sesenta millones de libras, según el proyecto antes indicado, es decir, tres veces lo que nunca gastó Enrique IV y un tercio más que Luis XIII cuando había de sostener ejércitos en Alemania, en Italia, en Cataluña, en Flandes y en Champaña, me atrevería á responder, digo, á Vuestra Majestad de que verá la misma abundancia de toda su vida y aún la verá aumentar todos los años, al mismo tiempo que sus enemigos y los envidiosos de su gloria caerán insensiblemente en la necesidad.»

Pero no se atrevía á esperar ese porvenir, ya que en el mismo año escribe:

«Es cierto, Señor, que Vuestra Majestad, como rey, y el más grande de cuantos reyes hayan subido jamás al trono, tiene en su espíritu y en todo su temperamento la guerra con preferencia á cualquier otra cosa y que la administración de su hacienda..., que consiste en pesadas minucias, no es la función natural y ordinaria de los reyes. Vuestra Majestad piensa diez veces más en la guerra que en su hacienda.»

El rey, en aquella fecha, preparábase para la guerra que debía comenzar dos años después. Desde 1670 á 1679, los gastos suben de 77 millones doscientas nueve mil ochocientos setenta y nueve libras á 128 millones doscientas treinta y cinco mil trescientas; y los ingresos bajan porque la guerra paraliza el comercio y los tránsitos de tropas arruinan las provincias. De ahí que Colbert, de buen ó mal grado, recurra á los procedimientos de los tiempos de desórdenes que tan á menudo ha reprobado: á fines de 1671 se crean empleos, reapareciendo los medidores de granos, los vendedores de terneras, los amoldadores de madera, etc.; en 1672 se venden bienes patrimoniales; á los correos de la Universidad se les quita el privilegio de que disfrutaban de poder llevar cartas en competencia con los correos reales y el transporte de las correspondencias pasa á ser un monopolio cuyo arrendamiento produce un millón ciento veinte mil libras. Colbert realiza también un beneficio comprando por fuerza á los particulares los objetos de plata superfluos y haciéndolos fundir en la Casa de la Moneda, y además inventa otros expedientes. En 1.º de enero de 1673 anunció al rey que sus rentas aumentaban, lo que agradó sobre manera al monarca: «Os confieso, dijo éste, que no esperaba tal cosa... Creed que así como vos me habéis proporcionado el placer del año, así también yo os demostraré lo satisfecho que estoy de vuestros servicios y de vos.» Pero seguramente Colbert había querido hacer al soberano una fineza de Año nuevo, pues en realidad sentíase cada día más preocupado. En agosto de 1673 escribe que el déficit será de veinticinco millones y que habrá que encontrarlos en negocios extraordinarios, «lo que no puede ha-

cerse, añade, sin una grandísima aplicación de Vuestra Majestad.» Reune «todas las memorias antiguas y modernas sobre negocios extraordinarios, para dar cuenta de ellas al rey» cuando vuelva del ejército, y el monarca le contesta: «El gasto me da miedo, mas espero que con vuestra aplicación y vuestro trabajo encontraréis todo lo que me haga falta; tengo gran confianza en vuestra habilidad.» Aquel año se vendieron bienes por once millones cuatrocientas mil libras y se creó el impuesto del papel timbrado cuyo arriendo produjo un millón doscientas ochenta mil noventa y dos libras; el año siguiente, 1674, el arrendatario del timbre pagó por el arrendamiento tres millones. Colbert pensó en gravar con un impuesto todos los papeles y pergaminos fabricados en el reino y organizó el monopolio del tabaco, que vendió á cincuenta sueldos la libra: «Su Majestad considera este impuesto tanto más justo, cuanto que todos los hombres son libres de consumir ó no consumir ese artículo.» Al mismo tiempo arrendóse un derecho de marca sobre la vajilla de estaño. Pero esos impuestos nuevos produjeron mucho menos de lo que se había esperado y provocaron, como hemos visto, graves sediciones. El año 1675 fué muy duro y de ello se lamentaba Colbert.

El rey daba los gracias y lisonjeaba á su ministro: «Ya sabéis que tengo gran confianza en vos para el logro de las cosas difíciles, y por esto creo que encontraréis todo lo necesario...» «Es asombroso que hagáis lo que hacéis;» «Otro que no fuereis vos se hallaría perplejo para encontrar lo que es necesario, pero estoy seguro que vos haréis que nada falte;» «No hay en el mundo nadie más que vos que pueda hacer sin dificultad lo que vos hacéis;» «Obráis maravillas con el dinero y cada día estoy más satisfecho de vos, complaciéndome mucho decíroslo así.» El rey le habla como á un amigo: «Sé la amistad que por mí sentís y el celo que ponéis en mi servicio;» «Reconozco el trabajo que os tomáis por la amistad que os profeso...»

Colbert, en efecto, hacía cada día nuevos esfuerzos para corresponder á la confianza del monarca y no reparaba en procurarse el consejo de inventores de negocios inmorales como Bechameil, Bellinzani y otros. Uno de esos negocios fué una refundición de las monedas: las piezas francesas de cinco sueldos tenían una ley y un peso superiores á los de las monedas extranjeras, así es que iban á parar fuera del reino; en vista de esto, fueron retiradas de la circulación y substituidas por piezas de cuatro sueldos en las que se había escatimado demasiado el metal fino. Esta operación fué beneficiosa para el rey, pero más aún para los especuladores (1).

En cambio fué un procedimiento leal la creación de rentas, á las que Colbert recurrió muy de mala gana, pues temía que la misma facilidad de encontrar dinero por este medio sedujese al rey. Sin embargo, no podía prescindir de este recurso y, á partir de 1674, cada año hizo un empréstito; pero quiso dirigirse directamente al público en vez de valerse, como en otro tiempo, de intermediarios ruinosos, y al efecto fundó su «Caja de los empréstitos,» que era una especie de caja de ahorros

(1) Véase De Boislisle, *Desmaréts et l'affaire des pièces de quatre sols*, en su edición de St-Simon, t. VII, apéndice.

que sólo daba cinco por ciento de interés y en la cual se impusieron, desde 1674 á 1683, ciento diez y seis millones.

A pesar de todo, el déficit era mayor cada año y hubo que comenzar de nuevo á «comerse» el porvenir. «El estado verdad» de los ingresos y gastos de 1680 arrojó: ingresos, 61 millones cuatrocientas cuarenta y ocho mil quinientas sesenta y ocho libras; gastos, 96 millones trescientas diez y ocho mil diez y seis; atrasos á pagar de 1678 y 1679, 12 millones seiscientos setenta mil seiscientos cuarenta y cuatro; en suma, un déficit de 47 millones quinientas cuarenta mil noventa y dos libras. De manera que los ingresos líquidos habían aumentado, pero aún habían aumentado más los gastos; la deuda era mayor, pero mayor era todavía el déficit; las rentas del año siguiente quedaban ya consumidas y las cosas volvían al estado en que se hallaban en tiempo de Fouquet.

Colbert creyó necesario advertir al rey que caminaba hacia la ruina y le presentó las cuentas; pero el monarca se negó á rebajar nada de la cifra de los gastos. El ministro no se atrevió á decirle todo lo que pensaba, mas al otro día le escribió:

«El respeto, el deseo sin límite que siempre he tenido de agradar á Vuestra Majestad y de servirle á su gusto, sin pena y sin dificultades, y aún más su elocuencia natural que fácilmente logra convencer á quien quiere, me impidieron insistir; pero después de haber reflexionado seriamente sobre todo lo que Vuestra Majestad me hizo el honor de decirme, y viendo que no hay más que un cambio en el destino del gasto, creería prevaricar á mi deber y faltar á la fidelidad que le debo, si no volvía á presentar en pocas palabras ante sus ojos el mismo estado, para que tenga á bien, reflexionando todo lo que estime necesario, tomar la resolución que entienda más ventajosa á su servicio.»

Recuerda luego en cuanto excede el gasto al ingreso y que, habiéndose comido el año 1681, será preciso, desde marzo ó abril, «echar mano del 1682.» El crédito del rey ha bajado por «el exceso de los empréstitos;» y la baja del crédito quizás será causa de que los depositarios quieran retirar su dinero de la caja; si esto sucediera, no se les podría reembolsar y entonces «Vuestra Majestad vería una bancarrota casi universal cuyas consecuencias producirían muchas contrariedades y disminuirían considerablemente los ingresos de Vuestra Majestad.» No hay que pensar en aumento de ingresos, porque ya «es de temer que los prodigiosos aumentos de los arrendamientos resulten onerosa carga para los pueblos;» y en cuanto á los negocios extraordinarios, ya no los hay. Tampoco puede sacarse nada de los territorios recientemente unidos á la corona: «Vuestra Majestad ha dispuesto de todo lo que podía producir algo en los países conquistados.» No queda, pues, más remedio que disminuir los gastos.

«En lo tocante á los gastos, aunque esto no sea de mi incumbencia, sólo suplico á Vuestra Majestad que me permita decirle que, ni en la guerra ni en la paz, ha consultado nunca su hacienda, lo cual es tan extraordinario, que seguramente no hay otro ejemplo de ello.»

En aquella fecha de 1680 Colbert ha perdido muchas de las ilusiones de sus primeros días. Sabe perfectamente que no ha puesto ni pondrá remedio á los des-

órdenes de la percepción de las rentas, llámense pechos, ayudas ó gabelas; ha renunciado á escribir aquellos grandes reglamentos que había proyectado y que, una vez reunidos, habrían formado un código de la hacienda del rey; y ha tenido que reducir á casi nada las subvenciones que daba á las manufacturas, á las carreteras y á las colonias, disculpándose en todas partes con «los gastos prodigiosos» que el rey se ve obligado á hacer para combatir á sus enemigos. Después de firmada la paz, espera que «placerá á Dios» mantenerla. En 1679 ordena una información sobre el comercio y pide dinero, cien mil libras por lo menos al año y en seguida, y lo más pronto posible cien mil escudos para ayudar á los que fundarán nuevas compañías ó nuevas manufacturas. Repite que el «principal punto del comercio» consiste en «mantener y conservar el dinero en el reino, hacer volver el que de él sale y á tener siempre á los Estados extranjeros en la necesidad de dinero en que actualmente se hallan.» Más que nunca apoya á su Van Robais, el gran fabricante de Abbeville; trata de establecer la manufactura del punto de Inglaterra y del punto de Malinas, y una vez más habla de su «aplicación... para establecer en Francia todas las manufacturas que entran en el reino procedentes de países extranjeros.» Quiere reanudar y activar las obras públicas y entonces es cuando traza el plan metódico de las vías terrestres de Francia, activa el mejoramiento de los ríos y prepara, después de terminado el canal de Langüedoc, la construcción de otros canales. Además, se esfuerza por invadir todo el mercado de España y no pierde la esperanza de quitar el comercio del Levante á los ingleses y á los holandeses y de hacer del Mediterráneo un dominio de nuestro comercio.

Pero el rey tiene puesta su atención en otras cosas; á pesar de la paz, sostiene ciento veinte mil hombres sobre las armas; al mismo tiempo que los gastos de la guerra continúan los de las construcciones, y nunca la corte ha costado tan cara como desde que se halla establecida en Versalles.

En una memoria escrita para el rey en junio de 1683, Colbert hace observar que los gastos del mes ascienden á tres millones seiscientos mil libras más que los ingresos; el rey escribe al margen: «Los grandes gastos me disgustan mucho, pero los hay necesarios.» Colbert prosigue: «Por mucho que me he afanado hasta hoy, aún no he podido encontrar manera de hacer un empréstito de más de un millón cuatrocientas mil libras; el rey, siempre en el margen, le felicita: «Ya sé que hacéis todo lo posible (1).»

(1) El siguiente cuadro, trazado en presencia de los «Cuadernos del rey», da un resumen de la administración financiera de Colbert, indicando la situación de la hacienda: 1.º en 1661; 2.º en un año de paz, 1669; y 3.º después de la guerra de Holanda (en libras):

	1661	1669	1680
Ingresos...	84.222.096	76.468.967	61.448.568
Gastos...	93.427.830	76.283.149	96.318.016
	Déficit: 9.205.734	Sobrante en caja: 185.818	Déficit: 34.869.448
Atrasos debidos por el tesoro..	50.533.674	Nada	12.770.644

A fines de 1683, Colbert, que estaba en París en su palacio de la calle Neuve-des-Petits-Champs, cayó enfermo (2); tenía más de sesenta y cuatro años y hacía mucho tiempo que se sentía mal. Padecía frecuentes ataques de gota y le atormentaban crisis febriles, varias de las cuales pusieronle en peligro de muerte. Se agotaba trabajando y ya hemos visto que habiéndose preguntado un día cuándo era mejor trabajar, por la mañana ó por la noche, contestóse que era menester trabajar por la noche y por la mañana, pero que era prudente suspender el trabajo de cuando en cuando para purgarse.

El trabajo de Colbert consistía diariamente en asistir á algún consejo, á veces muy largo, en conversar con el rey, conceder audiencias á importunos y celebrar conferencias con jefes de servicio, mercaderes, asentistas, hombres de negocios, artistas sabios y académicos; y cuando estaba solo, pues Colbert necesitaba estarlo algunas horas al día y para ello sabía encontrar tiempo suficiente en medio de sus otras múltiples ocupaciones, escribía memorias, extensas como libros, sobre asuntos de hacienda, de comercio, de marina, de legislación, de religión, de edificaciones, de política exterior, muy meditadas, mal escritas y sólidamente fundadas; y sostenía una correspondencia prodigiosa, inverosímil por su cantidad y de gran fondo, en la que á diario se refleja la diversidad de tantos y tan importantes negocios. Los autógrafos de Colbert llenarían cien volúmenes. En su labor adviértese una pasión igual aplicada á todos los trabajos, traducida por aquel «no hay nada más importante» que su pluma repite mil veces; la perpetua «inquietud» de no triunfar, esa inquietud que deseaba como una virtud á su hijo Seignelai; el esfuerzo constante hacia un ideal, que su espíritu ve muy claro, de poder y de gloria para el rey y para la nación, logrados por el trabajo engendradora de la riqueza. Hay en él un afán rudo de hacer su fortuna y la de los suyos, fortuna de dinero y de honores; la lucha sin un momento de tregua contra sus rivales, Louvois y Le Tellier; la necesidad de ser cortesano, de poner, en cuanto le era posible, á mal tiempo buena cara; de desarrugar su ceño ansioso, de contenerse, de comprimirse, de compensar el mal humor, que en algunos momentos mostraba al rey, con lisonjas cuya hipérbole medía exactamente. Todas esas cosas juntas atormentaban el temperamento de Colbert, aquel «temperamento me-

(2) El embajador de Venecia refirió que, algunos días antes, el rey le había ofendido echándole en cara el mal estado de algunos edificios de Versalles, las dificultades que oponía para consentir los gastos, y el hecho de que á él había de «rogársele» siempre, al paso que con Louvois, cosa dicha era cosa hecha. Según parece, Colbert disimuló su disgusto, y le sobrevino una fiebre que en seguida se consideró mortal. Posteriormente se añadió que el rey, entre las censuras que dirigía á su ministro por la cuantía de ciertos gastos de Versalles, había pronunciado la palabra «bribonada.» Es cierto, al parecer, que Luis XIV, comparando un día el coste de las fortificaciones que acababa de visitar con el de las obras de Versalles, quedóse asombrado, y Carlos Perrault refiere que preguntó: «¿A qué se debe que en Versalles gastemos sumas enormes y no tengamos casi nada concluido? Hay en esto algo que no comprendo.» Colbert debió dar sus explicaciones y probablemente se decidió á descontar en lo sucesivo algunas obras muy mal ejecutadas. Y «se volvió tan difícil y tan melancólico que no había medio de aguantarle.» No es necesario, sin embargo, para explicar la muerte de Colbert, suponer una emoción mortal causada por una escena dramática.

lancólico, biliosísimo» de que habla el embajador de Venecia.

Murió el día 6 de septiembre de 1683 y nadie quizás sintió su muerte porque era duro con casi todo el mundo. «Los pueblos» detestaban al ministro que los arruinaba con sus exacciones y se había enriquecido con la miseria pública (1), y los cortesanos detestaban al hombre sin gracia y que jamás se sonreía. El rey, al saber en Fontainebleau que el enfermo iba á «tomar á Nuestro Señor en viático,» había escrito á Seignelai: «El estado en que vuestro padre se halla me afecta sensiblemente... Espero que Dios no querrá llevárselo de este mundo, en donde tan necesario es para el bien del Estado.» Después de ocurrida la muerte, el monarca envió el pésame á la familia: «Señora Colbert, compadezcó vuestro dolor tanto más cuanto que siento en mí mismo el motivo de vuestra afición, ya que si vos habéis perdido un esposo á quien tanto queriais, yo deploro la pérdida de un fiel ministro de quien estaba plenamente satisfecho.» Luis XIV decía siempre muy bien lo que había de decir; pero su emoción, si es que la sintió realmente, pasó pronto. En su ministro apreciaba al hombre que encontraba dinero para pagar las magnificencias, pero sabía perfectamente que en el fondo de las cosas él y Colbert no estaban de acuerdo; y veía una desaprobación muy próxima á la resistencia en aquel servidor, única persona que le hizo oír palabras severas y le mostró un semblante hosco. El rey fué generoso con él y con su familia; de los cuatro hijos de Colbert que en 1683 habían llegado á la edad viril, Seignelai tiene, ya en vida de su padre, el derecho de sucederle en el secretariado de Estado de la Marina y de la Casa del Rey; Jacobo Nicolás Colbert, coadjutor del arzobispado de Ruán, será nombrado arzobispo en 1691; Antonio Martín Colbert, general de las galeras de Malta, es coronel del regimiento de Champaña y brigadier de los ejércitos del rey; y Colbert de Ormoi tiene el derecho de sucesión al cargo de superintendente de las construcciones. De sus tres hijas, una es duquesa de Chevreuse, otra duquesa de Beauvilliers y otra duquesa de Mortemart. De sus tres hermanos, uno es obispo; otro, Colbert de Croissi, secretario de Estado, y el tercero teniente general de los reales ejércitos. Y hay, además, multitud de hermanas, tíos y primos que prosperan al amparo del nombre. Al mismo tiempo que honores, prodigó el rey dinero: emolumentos que importaban cien mil libras anuales; pequeñas gratificaciones que Colbert no desdenaba y aun solicitaba; grandes liberalidades como aquella donación de un millón cuatrocientas mil libras hecha al duque de Mortemart cuando se casó con Mariana Colbert y para la cual el suegro, á pesar de la penuria del tesoro, supo encontrar un medio rápido de pago. Luis XIV, después de haber hecho de aquella familia una de las más ricas é ilustres del reino, creíase ya en paz con su servidor.

El rey arregló la sucesión á los honores y cargos vacantes conforme á su método que consistía en distribuirlos casi por igual entre las dos grandes familias ministeriales; y como la de los Le Tellier se hallaba en aquel momento peor dotada, dió á Le Pelletier, un

(1) Colbert murió demasiado rico. Véase sobre su fortuna: Clement, *Lettres...* t. VII. Es un problema digno de estudio el de cómo se enriquecían tanto los ministros.

TOMO IV

amigo de Louvois, la intervención general de hacienda y al propio Louvois la superintendencia de las construcciones, que fué retirada, previa indemnización, á Colbert de Ormoi. Louvois será un superintendente muy mediano y Le Pelletier un mediocre contralor; y como por otra parte Croissi no brillaba en el secretariado de los Negocios extranjeros, era evidente que el personal de gobierno se hallaba en decadencia. El rey lo veía, pero no se preocupaba de ello, ya que si dijo á Seignelai que su padre era «necesario al Estado,» se lo dijo por pura cortesía; Luis XIV no conocía más hombre necesario que él mismo.

III. — Ojeada retrospectiva sobre la vida privada del rey (2)

Durante esos veinticuatro años de poderío y de gloria, la vida privada del rey, esa vida acerca de la cual la

(2) FUENTES: Las *Œuvres de Louis XIV* y las *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, citadas en la pág. 255. *Los Etats de la France*, citados en la pág. 65. Spanheim, *Relation de la cour de France* en 1690, ed. Bourgeois, París y Lyon, 1900. *Le relazioni degli Estati europei lette al Senato dagli Ambasciatori Veneciani*, ed. Barozzi y Berchet, serie II, vol. III, Venecia, 1865. Vallot d'Aquin y Fagon, *Journal de la santé du roi Louis XIV (1647-1711)*, pub. por Le Roi, París, 1862. Saint-Simon, *Mémoires*, ed. Cheruel, París, 1873, 21 vol. y ed. De Boislisle (en curso de publicación; 19 volúmenes publicados). Del mismo autor: *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, en sus *Œuvres inédites*, pub. por Faugere, París, 1880-83, 6 vol. Dangeau, *Journal de la Cour de Louis XIV*, pub. por Soulié, Dussieux... París, 1854-68, 19 vol. Mme. de La Fayette, *Relation de la Cour de France en 1688-89*, impresa en la serie de sus *Mémoires* que citaremos luego. *Correspondance de Madame, duchesse d'Orléans*, traducción et notes por Jaeglé, 2.ª ed. París, 1890, 3 vol. *Lettres de Mme. de Sevigné*, en la «Collection des Grands Ecrivains,» París, 1862-67, 14 vol. Boussy-Rabutin, *Correspondance*, pub. por Lalanne, París, 1858-59, 8 vol. Todas las *Memorias* de la época, especialmente las de Mme. de La Fayette, de Mme. de Mortemart, del P. de Choisy, de Boussy-Rabutin, de la Fare, del mariscal de Gramont, en la colección Michaud y Poujoulat; las de Mme. de Caylus, ed. Raunié, París, 1884. La Bruyère, *Les Caractères...*, en la «Collection des Grands Ecrivains,» Locatelli, *Voyage en France (1664-65)*, pub. por Vautier, París, 1905 Bourdaloue, *Œuvres*, ed. Lefevre, París, 1833-34, 3 vol.

OBRA: Las cosas y los hombres de esa época han sido estudiados á fondo y, en muchos casos, revelados por Mr de Boislisle; véanse especialmente su edición de las *Mémoires de Saint-Simon*, antes citada, con importantes apéndices en cada tomo; en la «Revue des questions historiques,» en el «Bulletin de la Société de l'histoire de France,» en las «Mémoires» y en el «Bulletin de la Société de l'histoire de Paris.» Voltaire, *Le siècle de Louis XIV*, ed. Rebelliau y Marion, París (Colin), 1894, 6 ed. Bourgeois, París (Hachette), 1893. Gaillardin, *Histoire du règne de Louis XIV*, París, 1871-75, 5 vol. Bourgeois, *Le grand siècle*, París, 1894. Walckenaer, *Mémoires touchant la vie et les écrits de Marie de Rabutin-Chantal, dame de Bourbilly, marquise de Sevigné*, 3.ª ed. París, 1856, 5 vol. Combes, *Mme. de Sevigné historien*, París, 1885. Duque de Aumale, *Histoire des princes de Condé*, citada en la pág. 291. Lair, *Louise de La Vallière et la jeunesse de Louis XIV*, nueva ed. París, 1907. Pathe, *Mme. de La Vallière; la morale de Bossuet à la Cour de Louis XIV*, París, 1889. Duclos, *Mme. de La Vallière et Marie-Thérèse*, 4.ª ed. París, 1890. Lemoine y Lichtemberger, *De La Vallière à Montespan*, París, 1905. Clement, *Louis XIV et Mme. de Montespan*, París, 1668. Perrens, *Les libertins en France au XVII^e siècle*, París, 1875. Allaire, *La Bruyère dans la maison de Condé*, París, 1886, 2 vol. Belin, *La Société française au XVII^e siècle, d'après les sermons de Bourdaloue*, París, 1875. El P. Cherot, *Bourdaloue, sa correspondance et ses correspondants*, París, 1893. Véase, además, respecto de la señora de Maintenón, los documentos y las obras indicadas en la pág. 197, nota 2.

historia nos da tan luminosos datos relativos á su vida, á su corte y á su época, había sido brillante y escandalosa. Nunca amó á la reina, con quien se casó por razón de Estado y que para agradarle un momento no tuvo otros atractivos (pues era casi enana y gruesa en extremo) que su juventud, su aire aniñado y la adoración que sentía por él. Transportada de la triste corte española á la que se ostentaba en torno del joven rey en el Louvre, en Saint-Germain y en Fontainebleau, fué siempre en ella una extraña. Nunca supo bien el francés; pronunciaba la *u* francesa lo mismo que la *u* castellana, decía *eschevois* en vez de *chevaux* (caballos); *servilieta*, en vez de *serviette*; *Santa Biergen*, en vez de *Sainte Vierge*. Carecía de ingenio y las gentes no se recataban para hablar de su «necedad.» El rey se creyó cumplir y aun mostrarse generoso con ella, concediéndole cierto afecto, conservando las costumbres del lecho común y tratándola con grandes consideraciones.

Infiel desde los primeros días, vivió por lo menos con gran intimidad con la Mazarina Olimpia Mancini, condesa de Soissons, y respiró de cerca el sutil encanto de su cuñada Enriqueta de Inglaterra. Para engañar al público, se hizo el enamorado de una de las doncellas de la princesa, Luisa de La Valliere, una turenese de diez y siete años, de blanco y sonrosado cutis, dulces ojos, talle delgado y casi frágil, y de andar lento y embellecido por una leve cojera; pero cogido en sus propias redes acabó por amar á aquella muchacha y le declaró su amor en 1661. La Valliere era virtuosa y se resistió, pero el amor que ella misma sentía y la dicha de ser amada fueron, según dice, «caballos furiosos que arrastraron su alma al precipicio.» El rey guardó fidelidad durante seis años á aquella joven que no amaba en él más que á él mismo, «violeta que se escondía bajo la hierba, según frase de la señora de Sevigné, avergonzada de ser favorita, de ser madre, de ser duquesa;» pero al fin se cansó.

En casa de La Valliere encontraba á una dama de la reina, Francisca Athenais de Rochechouart, hija del duque de Mortemart y esposa del marqués de Montespán, mujer dotada de gran ingenio, de ese ingenio tan celebrado de los Mortemart, natural y agudo, que sabía encontrar cosas inesperadas y que poseía el arte de comunicarse á los demás. El rey gustaba mucho de las conversaciones ingeniosas, y por esto La Valliere «estaba encantada de ver en su casa á la Montespán» que le divertía; pero la marquesa era «bella como el día;» tenía unos hermosos cabellos rubios, una linda nariz aguileña, grandes ojos azules, una boca menuda, labios encarnados y brillantes dientes, y aunque era de estatura menos que mediana, su porte gracioso y al mismo tiempo «firme,» completaban en ella aquella belleza que la señora de Sevigné calificaba de «triumfante y digna de ser mostrada á los embajadores.» En todo parecía la antítesis de La Valliere, y el rey, seducido por el contraste, fué, en 1667, el amante de la señora de Montespán.

Quiso, sin embargo, conservar á su lado á La Valliere, pues la presencia de ésta, su primera querida, le servía para ocultar, siquiera por algún tiempo, el escándalo de un doble adulterio. Hízola sufrir y se asombró de que sufriera cuando él le hubo dicho que su nuevo amor no impedía «que la amase como debía y que había

de contentarse con lo que hacía por ella.» La Valliere quiso desaparecer de la escena y, en febrero de 1672, retiróse al convento de Chaillot; el rey «lloró mucho» y envió á Colbert para que se la trajera; cuando volvió á verla lloró más y la señora de Montespán, que también lloraba, la abrazó, reanudando entonces los tres la vida en común. Durante el largo viaje de Flandes, en 1673, Louvois dió al intendente de Dunkerque la siguiente orden: «Prepárese para la señora de Montespán la cámara señalada con la letra L y ábrase en ella una segunda puerta que comunique con las habitaciones del rey. La señora duquesa de la Valliere se alojará en la cámara V, en la cual habrá que tomar la misma precaución.» De manera que la señorita La Valliere no se separaba de la señora de Montespán, á quien ayudaba á vestirse y engalanarse.

Pero seguía repartiendo sus miradas entre Dios y el rey, y cuando estuvo segura, enteramente segura de que el rey no le devolvería lo que ella llamaba «el honor de sus favores,» entró, en abril de 1674, en el convento de las carmelitas del arrabal de San Jacobo. Tenía entonces treinta años y el día en que profesó su «belleza sorprendió á todo el mundo.»

El reinado de la señora de Montespán duró nueve ó diez años, pero no sin algunas escapatorias del rey, muy dado á los amorfos fugaces y cuyos «placeres efímeros,» como ha dicho Saint Simón, fueron innumerables. En 1675, Bossuet creyó que los dos amantes consentían en separarse por espíritu de penitencia y consentimiento mutuo, pero se equivocó; sin embargo, el rey, á medida que se iba sintiendo invadido por el inevitable hastío, percibía mejor los escrúpulos de su conciencia y buscaba los amores en los cuales el pecado fuese menor que el de doble adulterio. La marquesa se defendió admirablemente y cuando ya se la creía desdénada definitivamente, aún se la veía en el juego del rey con la cabeza apoyada en el hombro de «su amigo,» pues le agradaba que todo el mundo conociera su alta fortuna. Triunfó de las «moscas» que «pasaban por delante de los ojos del rey,» desafiando la juventud de sus rivales, y en el invierno de 1676, cuando tenía treinta y cinco años, «bailó... toda clase de danzas, como hace veinte años, y con extremado ajuste.» Pero el esplendor de su rostro palidecía; su talle de mujer, tantas veces madre, era ya «un talle grueso y feo,» y su ingenio, cada vez más agrio, molestaba al rey, quien un día puso término á una disputa con estas palabras: «Ya os lo he dicho; no me gusta que me mortifiquen.» A fines de 1679, la Montespán vió como el rey se enamoraba de una «bella idiota,» la señorita de Fontanges, admirada de pronto en una fiesta y á la cual se había preparado para dar ese golpe fulminante.

Ahora bien: en aquel mismo momento, la señora Escarrón, á quien el rey había conocido en casa de la señora de Montespán, como conociera á ésta en casa de La Valliere y á ésta en casa de Madama, y que era todo lo contrario de la Montespán, como ésta lo había sido de La Valliere, comenzaba á infundir lentamente en el rey la estimación y el gusto por la cordura de su ingenio, por la calma de su razón, por la seriedad de su piedad y por el encanto de una belleza perenne, valiéndose para ello de una fisonomía recogida con arte y sostenida por una atención constante á todas las

palabras y á todos los gestos. La Montespán comprendía que aquella señora de Escarrón, ya entonces señora de Maintenón, era su verdadera rival, y hubiera preferido á ella diez Fontanges; de aquí que, según se dice, alentara al rey en sus nuevos amores y engalanara á la duquesa de Fontanges, del mismo modo que á ella la engalanara la duquesa de La Valliere. Pero la Fontanges duró poco y en junio de 1681 murió en un convento á consecuencia de un parto difícil. Entonces, en vez de un nuevo amor, el rey concedió de nuevo á la reina «el honor de sus favores;» la señora de Maintenón había hecho el milagro, y al morir la reina, ella fué su sucesora (1).

Aquellos amores del rey fueron sucesos públicos. En un principio, Luis XIV tomó por pudor algunas precauciones; así esperó la muerte de su madre para asegurar á una hija de La Valliere «el honor de su nacimiento» y para dar á la madre una «posición conveniente al afecto que sentía por ella desde hacía seis años.» Mariana fué legitimada en el Parlamento, el cual registró un edicto por el que se cedían á la querida del rey las tierras de Saint-Christophe y de Vaujourns erigidas en ducado-pairie. Los considerandos de aquel edicto hablaban del «afecto muy singular» del rey por «su bien amada y muy fiel» y del «mérito» de la señorita que era «conocido.» Dos años después, en febrero de 1669, era legitimado un hijo varón de La Valliere, y aquel mismo año comenzaba la serie de hijos de la señora de Montespán, á quienes el rey tuvo ocultos mucho tiempo en un retiro, en donde la señora de Escarrón los educó. En 1673 fueron legitimados de un golpe tres de ellos, en virtud de un acta, en la cual Luis XIV declara «su cariño natural por sus hijos, de los cuales espera que responderán á la grandeza de su cuna.»

El rey no halló en parte alguna razones para «molestarle;» la reina, sometida por él á un duro régimen, se enfadó más de una vez, promovió altercados domésticos y lloró; pero acabó por acostumbrarse á su situación y no tuvo más remedio que tolerar la presencia, la vecindad, el perpetuo contacto de las queridas y que reconocer á los hijos de éstas como príncipes hijos del rey después de haberle sido presentados con el carácter de tales. Y al fin hubo de aceptar como superintendente de su casa á la señora de Maintenón. A pesar de sus cóleras contra sus rivales se mostró con ellas bondadosa: cuando La Valliere tomó el velo, estaba muy emocionada; consentía en pedir favores á la Montespán, como el de que no le quitaran á una de sus camareras españolas á quien el rey había despedido; y en 1675, cuando se creía separados para siempre á los dos amantes, procuró consolar á la marquesa, colmándola de atenciones á ella y á un hijo suyo enfermo. Y al año siguiente, á pesar de haber visto que se había engañado al creer en aquella separación, llevó á la Montespán al convento de las carmelitas del arrabal de San Jacobo y allí pudo oír su conversación con La Valliere. «¿Estáis tan á gusto como dicen?,» preguntó á ésta la marquesa; y sor Luisa de la Misericordia le contestó: «No, no estoy á gusto, pero sí contenta.» La Maintenón habló mucho del rey: «¿Qué queréis que le diga de vuestra parte?» «Todo lo que queráis, señora, todo lo que

(1) Véase pág. 197.

queráis» respondió sor Luisa «con acento y ademán en extremo amables.» La señora de Sevigné ha relatado esa escena y otras muchas que le parecían «cosas difíciles de comprender.» Pero la reina ya no se asombraba de nada; sentíase agradecida á su esposo por las más pequeñas muestras de cariño que de cuando en cuando le daba, manifestábase alegre cuando esto sucedía y aun le agradaba que sobre ello le dieran broma, «riéndose entonces de buena gana y frotándose las manecitas una con otra.» Cuando, gracias á la señora de Maintenón, el rey fué solo para ella, se declaró «perfectamente contenta y sin desear nada más en el mundo.» Una



La señorita de la Valliere

muerte rápida la arrebató á un estado de «felicidad absoluta.»

La Iglesia fué clemente con los pecados del rey; y si bien es verdad que los predicadores le dijeron algunas palabras duras envueltas en alusiones claras, que Bossuet trató de volver al soberano á la virtud y á la razón, y que su confesor le advirtió de los peligros que corría, no lo es menos que de haber en aquellas almas de sacerdotes un resto de honrado vigor cristiano, habrían roto todo trato con el pecador escandaloso que renovaba, á la faz del mundo, el pecado de David; Bourdaloue se habría negado á hablar delante de la señora de Montespán, y Bossuet, cuando el rey le hubo faltado á la palabra que le diera después de la separación por él conseguida, no se habría dejado contener por aquella frase del relapso: «No me digáis nada.»

No se mostró la magistratura más altiva que la Iglesia. Es verdad que por tradición los bastardos de los reyes eran reconocidos por sus padres; pero nunca se había visto reconocer á hijos cuya madre no podía ser nombrada por tener esposo vivo, lo que equivalía, como dirá Saint Simón á sacar niños «del profundo no ser de los dobles adulterinos» para convertirlos en príncipes. Iglesia y magistratura dejaron violar las leyes divinas y humanas.

Nadie protestó, excepto el señor de Montespán que lo hizo por medio de actos intermitentes cuya inconve-